

## CAPÍTULO SEXTO

### SOCIALIZACIÓN Y TRANSMISIÓN DE VALORES: FAMILIA Y PAREJA EN LA POBLACIÓN JOVEN

En el marco general de la idea de familia se pueden encontrar relaciones que subyacen a las categorías de valores, y que determinan los roles de los padres y su interrelación de pareja universalmente reconocidas como resultado de la dinámica local, en donde cada hombre y cada mujer se caracterizan por las distintas posiciones en la estructura social, determinadas por factores ideológicos, históricos, religiosos, étnicos, económicos y culturales (Díaz Guerrero, 1994, 2003). En este contexto, se establecen además relaciones específicas de poder, en las cuales tradicionalmente las mujeres han estado subordinadas a los hombres, relativizando así su intervención en la toma de decisiones formales o informales en el ámbito familiar.

Con relación al caso mexicano, el panorama no difiere mucho a lo anteriormente señalado, las mujeres construían su realidad a partir de normas culturales que se basaban en el predominio de los hombres; esta relación descansaba en un modelo patriarcal, que establecía espacios y roles de actuación construidos (y justificados) según el género (Díaz Guerrero, 1974), y que eran definitorios sobre todo en el ámbito privado.

Ahora bien, estos espacios de interacción han ido evolucionando a través de los años. De acuerdo con el Consejo Nacional de Población (Conapo), en 1970 había 9.8 millones de hogares con un promedio de cinco ocupantes; en 2005 la cifra era de 24.8 millones, con un promedio de cuatro ocupantes, y se estima que en 2030 habrá 41.8 millones de familias con tres ocupantes promedio. Es decir, que a pesar de incrementar el número efectivo de núcleos familiares, las parejas han reducido, y se espera que reduzcan aún más el número de ocupantes en sus hogares. Por otro lado, se puede observar que los viejos patrones patriarcales que ponían a la figura masculina como cabeza del hogar se han ido modificando también. En 1970 la proporción de hogares dirigidos por mujeres era del 17.3%; en 2005 del 23%, y en 2030 se estima que podría llegar al 28.1%.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Estadísticas poblacionales, Conapo.

Esta dinámica no solamente describe una trayectoria social importante en cuanto a la modificación de los papeles que el padre o la madre asumen, sino que también encarna una dinámica cultural, que ha modificado las creencias, los usos, las tradiciones y los valores populares de manera transversal; es decir, en las diversas clases sociales, en los distintos géneros y en las diferentes generaciones (Ammond, 1988). Este cambio, ejemplificado por los datos del Conapo, se ha empezado a concretar en 2008, cuando de los 28 millones 175 mil familias presentes en el territorio mexicano, seis millones fueron encabezadas por mujeres, con lo cual se ha incrementado el número de hogares dirigidos de manera “equitativa”, por lo menos desde la perspectiva de género. En el futuro (2030) el Conapo estima que existirán 41 millones 800 mil familias, de las cuales 30 millones serán encabezadas por varones y casi 12 millones por mujeres, prácticamente doblando la cifra actual.

En tiempos más recientes, debido a agentes externos, entre los que podemos mencionar convenios internacionales, internet, medios de comunicación masiva y turismo, la sociedad mexicana se ha visto influenciada por otras culturas y por otros valores. Esto ha producido cambios importantes en cuanto a leyes y políticas públicas, y ha afectado en cierta medida los valores tradicionales de la familia mexicana (Hernández Sánchez, García Falconi, 2011) teniendo un efecto reductor sobre la cantidad de miembros de los cuales se componen los hogares.<sup>22</sup> Por otra parte, el cambio cultural impone una dinámica intrafamiliar, que permite a las mujeres obtener mayor peso en cuanto a la educación de los hijos, a la imposición de ciertas reglas de buena conducta, de cuidado médico, entre otros elementos.

De esa manera, si tomamos en consideración una visión estrictamente sociológica y nos focalizamos exclusivamente en la construcción de un cierto tipo de relación interfamiliar, dicha dinámica tiene, sobre los hijos, efectos que de acuerdo con la psicología social permiten no solamente cambios importantes en la personalidad de los jóvenes que provienen de ciertas dinámicas familiares, sino que también contribuyen a modificar la elección de los universos simbólicos de los cuales los jóvenes deciden tomar parte estableciendo una suerte de *continuum* natural entre un mundo de la vida orientado por tradiciones explícitas aisladas y autopoieticas,<sup>23</sup> y un ambiente cultural alimentado por la conjunción de viejos y nuevos valores, aunque

<sup>22</sup> El Conapo asegura que desde 1990 a 2009 el número de hogares unipersonales aumentó de 4.9 a 9.7%. Un incremento indudablemente lento, aunque factor indiscutiblemente positivo del aumento constante del fenómeno local. Véase *Estadísticas poblacionales*, Conapo.

<sup>23</sup> La similitud conceptual es con Luhmann. Véase Teoría de sistemas.

perpetrado gracias a una relación de interconexión simbólica destinada a modificar la percepción del mundo social a partir de significados cognitivos, evaluativos y emocionales (Tajfel, 1978).

En el primer caso, la percepción del universo simbólico que la familia inculca a los jóvenes, en cuanto unidad, contribuye a generar un cierto tipo de consciencia individual basada en la percepción de un “otro no-generalizado”. En el segundo, la construcción de ciertos valores basados en la continuidad de la mencionada unidad familiar implica que ambos actores (en este caso el padre y la madre) puedan ser percibidos de la manera lo más equitativa posible por los hijos. En el tercero, esa misma continuidad en los valores familiares basados en un cierto nivel de “acción compartida” se establece como un detonante social para una mayor y mejor participación de los jóvenes en el contexto del cual toman parte.

En consecuencia, los jóvenes pueden entrar a formar parte de una dinámica de grupo (familiar y de pares) en la cual pueden empezar a compartir un cierto número de comportamientos (Miller, 1992: 87) dirigido, por una parte, a crear un sistema de valores homogéneo y distribuido culturalmente en una suerte de “territorio imaginario” definido como familia; por la otra, estimulando la transformación de esos valores con relación a un sentido de pertenencia, que no permite desvincular al joven de un comportamiento regulado por creencias que su ambiente familiar les ha inculcado, el cual está anclado a un cierto tipo de construcción de su identidad, que en el futuro puede llegar a provocar en los actores sociales una modificación positiva de los *habitus* y de las costumbres locales dirigidas a una mejora de la interrelación de grupo (Giménez, 1994). Esto se lleva a cabo retroalimentando la práctica familiar con un comportamiento individual específicamente abocado a la unidad de ese núcleo, o bien asegurando a las nuevas generaciones la opción de regir sus comportamientos en armonía con enseñanzas socialmente respetuosas dentro y fuera del núcleo familiar. En este contexto, la unidad, el respeto y el valor intrínseco de las normas familiares suponen no solamente su mantenimiento e importancia, sino también lo que Pollini define con el concepto de *orientamento sacrificale* (orientación de sacrificio) paterno, abocado a mantener la corresponsabilidad, pero también la autonomía e independencia de los hijos (Pollini, 1995).

De esa manera, los jóvenes empiezan a autodefinirse no solamente con base en la similitud con otros miembros de su grupo de pares, estableciendo vínculos de amistad y confianza, compartiendo valores, normas o *modus vivendi* específicos, sino también manteniendo su propia identidad y creencias a pesar de la influencia que el contacto con la sociedad podría tener en cuanto al comportamiento individual y colectivo de los actores. Así, los

jóvenes pueden decidir (o no) tomar parte de (o seguir a) un grupo, o de integrarse a una cierta dinámica familiar que les permite interiorizar los mecanismos de condicionamiento intragrupal, manteniendo una tensión psicológica entre auto y heterorreconocimiento (Cerulo, 1997: 385-386).

En el primer caso, es decir, cuando los padres toman decisiones específicas acerca de sus hijos, de manera conjunta, los jóvenes obtendrán la oportunidad de vivir en un ambiente familiar que les garantizará las bases de una buena convivencia comunitaria y de acuerdo con principios comunes del respeto recíproco y del rechazo de la cualidad de género.

En el segundo, los valores subyacentes a las dinámicas empezarán a mostrar la cara de una nueva forma de comportamiento comunitario, tanto respecto a las futuras relaciones de pareja que los jóvenes empiezan a alimentar como con relación al aparato valorativo que caracterizará su contacto con “el otro”.

El concepto de familia se vuelve así liminal entre una concepción “utilitarista” del proceso jurídico que implica el reconocimiento legal de los hijos, y un cierto tipo de ambiente sociocultural, que permite el desarrollo de los valores que alimentarán el comportamiento, las creencias y las costumbres del producto de la unión. De esa manera, si por una parte es posible establecer un cierto nivel de estabilidad familiar que contribuye a perpetrar el proceso de producción y mantenimiento de los parámetros normativos interfamiliares, por otra parte, a partir de esas mismas normas destaca también el conjunto de actividades que en el ámbito familiar caracterizan el comportamiento de sus miembros en cuanto a elementos integrantes de un universo simbólico abocado a establecer un vínculo empático estable en el tiempo y determinante en cuanto a orientación de valor.

Para medir dichas orientaciones se le ha preguntado a los jóvenes acerca de diversas temáticas que, por su propia naturaleza, no solamente arrojan importantes resultados acerca del comportamiento de las personas dentro de sus hogares, sino también acerca del nivel relacional que existe entre las parejas establecidas jurídicamente como matrimonio y sus hijos.

## I. FACTORES INTRAFAMILIARES: EL ESTÍMULO DE LAS ACTITUDES Y LA FORMACIÓN DE LOS VALORES

Entre los factores determinantes en cuanto a la estabilidad psicoemocional de los jóvenes se encuentra el acuerdo familiar y el comportamiento de los padres de acuerdo con situaciones cotidianas específicas.

Como ya se ha mencionado, dentro de los estudios que se han realizado sobre la familia se han identificado patrones vinculados a construcciones de

género que existen en la sociedad, y que se ven reflejados en las dinámicas al interior del ámbito familiar. Uno de ellos es la toma de decisión sobre los gastos del hogar, que tradicionalmente ha sido una actividad realizada por las mujeres.

Al preguntar a los jóvenes en quién recae o recaía esta decisión en su familia, las respuestas fueron en poco más de la mitad (55.1%), que en su casa hay un manejo común de los recursos familiares, panorama que nos muestra un cambio generacional en el que los roles dentro del ámbito familiar se han modificado. Por otra parte, si se considerara el factor de género aplicado a quien toma o tomaba la decisión sobre cómo gastar el dinero en el hogar, los datos muestran que la figura materna aún sigue siendo referente para esta situación, al ser quien recibe mayor mención en comparación con el padre (21.5%) (véase tabla 62).

En cuanto a la distribución de las respuestas por sexo de los entrevistados, encontramos que la decisión de los gastos en el hogar son vinculados no solo a la figura materna, sino que en las nuevas generaciones son las mujeres quienes ligeramente más señalan esta situación de toma de decisiones del gasto en el hogar (22.9%) que los hombres (20%), lo que denota la prevalencia de rasgos de los roles tradicionales. No obstante el contexto anterior, es importante mencionar que la percepción de equidad es el más alto para ambos, aunque nuevamente son las mujeres quienes hacen mayor mención al respecto (56.5%) que los hombres (53.7%) (véase tabla 62).

La distribución generacional en este aspecto nos muestra que los jóvenes de 12 a 14 años hacen mayor referencia de que existía o existe en su familia una responsabilidad compartida sobre el gasto del hogar que las generaciones cercanas a los 30 años. Por otro lado, las respuestas de los jóvenes en cuanto a quién decide sobre los gastos del hogar muestran distribuciones interesantes a nivel regional; en este caso son los estados del norte (respectivamente 64.9% en el noreste y 64% en el noroeste) quienes mayormente señalaron que esta situación es compartida, y fue el centro del país el que otorgó la menor mención en cuanto a que ambos comparten la decisión sobre los gastos del hogar, teniendo una leve tendencia más hacia que es o fue decisión del padre (24.4%) que de la madre (23.9%) (véase tabla 62).

Otras de las actividades que tradicionalmente se han vinculado a la mujer son aquellas que tienen que ver con la alimentación de los integrantes del hogar. En este caso los roles tradicionales parecen mantenerse, ya que en general los jóvenes señalaron que es la madre quien está a cargo de la decisión de los alimentos que se consumen en el hogar (51.3%) (véase tabla 66).

Las respuestas de acuerdo con el sexo respaldan el contexto tradicional que reflejaron las respuestas generales, ya que ambos coinciden en la figu-

ra materna, y en este caso ligeramente son más las mujeres quienes hacen mención de que la decisión sobre la alimentación está a cargo de la madre (52.1%) en comparación con los hombres (50.5%), contexto que pareciera reforzar, y no minimizar, la percepción de que la compra de alimentos en la familia sigue siendo una responsabilidad femenina. No obstante, cabe mencionar que la brecha de género prácticamente desaparece en la segunda mención en importancia dentro de la distribución de respuestas. Al respecto, los jóvenes y las jóvenes señalaron que ambos toman o tomaban la decisión sobre la alimentación en el hogar (4 de cada diez para ambos) (véase tabla 66).

El contexto para las cohortes, lejos de reflejar la esperada tendencia de que hay una distribución más equitativa de las decisiones dentro de los hogares, nos muestra el arraigo que aún existe de ciertos roles tradicionales, ya que son los jóvenes de 12 a 14 años quienes mayormente señalan que es la madre la que decide qué comida se compra (53.3%); sin embargo, cabe mencionar que son estos mismos jóvenes quienes más han mencionado que son ambos (padre y madre) los que toman las decisiones al respecto (véase tabla 66).

Es interesante observar cómo los diversos contextos que hay en las diferentes regiones del país han redituado en roles familiares diferentes. Por un lado, el norte y el sur del país arrojaron respuestas que denotan un ámbito familiar más equitativo en cuanto a la decisión sobre la alimentación de la familia (en estas regiones la respuesta ambos es la más elevada) y, por otro, a diferencia de estas regiones, pareciera que el centro y el centro-occidente aún son más conservadores al respecto (véase tabla 66).

La educación de los hijos es otra actividad vinculada tradicionalmente a la figura materna. En este caso los jóvenes manifestaron que la decisión sobre su educación siempre fue realizada por ambos padres (64.5%); no obstante, en este rubro una vez más nos encontramos con que la madre sigue siendo punto de referencia cuando se pregunta acerca de las decisiones sobre la educación de los hijos (20.2%), aunque ya no en una proporción importante. En lo que respecta a la distribución por edades, entre más jóvenes son los entrevistados (cohorte de 12-14 años) más mencionan que son ambos padres quienes toman la decisión (70.5%) (véase tabla 68).

La escolaridad parece estar directamente relacionada con las distribución de las decisiones, ya que a mayor escolaridad, mayor mención de que ambos toman o tomaban la decisión sobre la educación de los hijos; en cambio, a menor escolaridad, mayor mención de que la madre está o estaba a cargo de la decisión (véase tabla 68).

Pero ¿quién está a cargo de la decisión sobre la salud de la familia? Los roles tradicionales señalarían que esta es un área a cargo de la madre; no obstante, parece que esos tiempos en que la enfermedad era responsabilidad de la mujer a través del cuidado de la salud ya han cambiado. En este aspecto, los entrevistados contestaron que ambos (padre y madre) deciden sobre qué se debe hacer cuando alguien está enfermo en la familia (59.7%). En cuanto a la distribución por edad, nuevamente la cohorte de menor edad (12-14 años) menciona más frecuentemente que son ambos quienes deciden sobre qué hacer en caso de que se enferme algún integrante de la familia (64.5%). Las regiones en general coinciden en que son ambos quienes están a cargo de decidir qué hacer en caso de enfermedad; sin embargo, donde se captó el mayor porcentaje fue en la región sur-sureste (68.3%) (véase tabla 71).

En lo que se refiere a prerrogativas tradicionalmente a cargo de los padres, donde se ven involucradas, por un lado, la construcción de los patrones de obediencia y, por otro, las libertades de los jóvenes para interactuar fuera del ámbito familiar, los encuestados respondieron que ambos (padre y madre) deciden al respecto en el caso de la disciplina de los hijos (62.1%), los permisos que se les otorgan a los hijos para regresar tarde (50.6%), y la salida con los amigos (43.6%) (véanse tablas 69, 70 y 73).

En el caso de la edad y la escolaridad, los entrevistados mantienen, en general, una equidad de decisión con respecto a la disciplina de los hijos, los permisos que se les otorgan para regresar tarde y salir con los amigos. Regionalmente, la situación se repite, al mencionar los jóvenes en distintos estados del país que son ambos (padre y madre) quienes están a cargo de la disciplina de los hijos, y también ambos deciden al momento de establecer límites de libertad para salir del entorno familiar (véase tablas 69, 70 y 73).

Los gastos fuera del hogar han sido también una actividad que estuvo a cargo de la figura paterna por mucho tiempo. En la actualidad, las dinámicas familiares han dejado de concentrarse en una sola persona, y esto se refleja en las respuestas de los entrevistados, que mencionaron en lo que respecta a la compra de bienes importantes (57.4%) y paseos (56%), sobre las cuales los padres deciden conjuntamente. En el resto de las características sociodemográficas esta tendencia se mantiene. No obstante, cabe mencionar que en el caso de adquisición de bienes, la figura paterna es la que más se reconoce como a cargo de esta decisión, situación que se repite en la distribución por región, a excepción del noroeste, donde la madre ocupa este lugar; caso contrario es la decisión de salir de paseo que, aunque bien pudiera implicar un gasto que proviene del proveedor, aún sigue siendo a instancia de la madre su realización (véanse tablas 64 y 67).

En lo que concierne a la decisión con relación al lugar en que la familia habitaría o la opción de mudanza, 61.6% de los jóvenes menciona que la decisión se toma en pareja. En cuanto a la distribución sociodemográfica, la coincidencia en que ambos deciden sobre el lugar en el que habitan o si se mudan, se mantiene. Es importante destacar que a pesar de que hay una coincidencia en las regiones y en las localidades en cuanto a que ambos toman la decisión, es en la región noroeste y en las localidades urbanas que abarcan una población arriba de 15,000 habitantes donde mayor mención se hizo de que la decisión recae más en la madre que en el padre si no es en ambos (véase tabla 65).

Al preguntar acerca de la obligación laboral de los jóvenes, la situación no se modifica, ya que los entrevistados mantienen aún que ambos (padre y madre) son los que deciden en cuanto a cuestiones que les conciernen a ellos, y en lo que respecta a si deben o no trabajar, 45.5% señala que ambos toman la decisión. Sin embargo, al tomar en consideración el género, los hombres respondieron que la responsabilidad de decir si deben o deberían trabajar es propia (30.7%), y el 25.2% de las mujeres contestaron de la misma forma. En cuanto a la distribución por edad, la decisión personal de trabajar es más alta conforme se acercan a los treinta años, lo que coincide con el ciclo vital vinculado a la edad. Es importante, por otra parte, destacar que a pesar de que hay una coincidencia en las regiones en cuanto a que ambos toman la decisión es en la región noroeste donde se da una mayor mención de la madre que del padre, si no es en ambos (véase tabla 63).

Otra de las decisiones que recae en el mismo individuo son aquellas que conciernen al inicio o ampliación de una nueva familia. En este caso la respuesta general de los jóvenes respecto a quién tomaba la decisión de cuántos hijos tener en casa de sus padre es que ambos —padre y madre— deciden o decidían (60.2%). En el resto de las características sociodemográficas la mayor concentración de respuesta se mantuvo en “ambos” (véase tabla 72).

Existen ciertas actividades que se empiezan a realizar generalmente sin una tutela o sin un conocimiento parental, como es el uso del alcohol y el tabaco; no obstante, las respuestas muestran un panorama muy distinto al esperado, ya que para la población entrevistada son ambos —padre y madre— quienes deciden sobre el uso de estos productos (4 de cada diez). En el resto de las características sociodemográficas, la mayor concentración de respuesta se mantuvo en “ambos” (véanse tablas 74 y 75).

Finalmente, de manera general es posible decir que la toma de decisiones dentro del espacio familiar (de origen) en el que se desarrollan los jóvenes se ha transformado. Los patrones familiares aquí revisados denotan



el cambio generacional, donde se ha dado una transformación de los roles parentales que antes estaban claramente definidos. Los datos sugieren que el rol de la mujer es más activo en las decisiones familiares, y que la toma conjunta de decisiones está impulsando la dinámica familiar hacia una mejora en cuanto a la equidad de género (Pollini, 2006a). Para las nuevas generaciones, el escenario familiar se convierte en un espacio más equitativo en sus dinámicas de lo que fue hace algunos años, lo cual representa un avance positivo en cuanto a paridad de género.

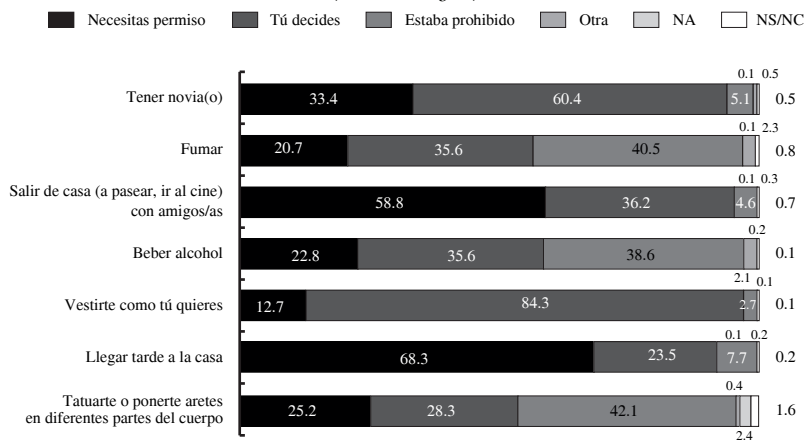
Ahora bien, ¿qué efecto han tenido estas nuevas dinámicas en las relaciones intrafamiliares (entre padre, madre e hijos), donde el respeto que los hijos tienen en relación con la opinión de sus padres se vuelve un factor que decide el tipo de actividad que llevan o llevarán a cabo y de las que están dispuestos a tomar su opinión en cuenta?

En el caso de las actividades que implican independencia y libertad del ámbito familiar, como salir de casa con amigos (58.8%) y las horas de llegada (68.3%), los jóvenes manifestaron que solo pueden hacerlo con el permiso de sus padres. Entre lo que ya es de libertad de decisión está el tener pareja (60.4%) y la forma de vestirse (84.3%). Las prohibiciones se circunscriben al uso de tabaco (40.5%) y a realizarse cualquier tatuaje o alteración en el cuerpo (42.1%). Un caso particular parece la bebida, donde 38.6% señala que le está o estaba prohibido, y un 35.6%, que era su decisión beber (véase gráfica 10).

Del análisis a partir de una perspectiva de género se destaca que pareciera que aún ahora son los hombres quienes gozan de una mayor libertad que las mujeres, todavía sujetas a la voluntad familiar. Esta diferencia es tajante en el caso específico del noviazgo, que está permitido en casi todos los casos a los hombres y prohibido casi para la mitad de las mujeres. Mientras que los hombres contestaron que no necesitaban el permiso de sus padres para tener una pareja (75.8%), la tendencia contrasta con la de las jóvenes, las cuales deben permiso en el 45.6% de los casos (véase tabla 76).

Gráfica 10

En donde vives o vivías con tus padres ¿necesitas(abas) permiso, tú decides(ías) o está(ba) prohibido hacer alguna de las siguientes?  
(Porcentajes)



Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 36).

El pedir permiso para tener pareja se incrementa en la medida en que los entrevistados se ubican en grupos de menor edad. Por lo que concierne a la escolaridad, el efecto es similar, donde a medida que los jóvenes tienen más escolaridad, su grado de independencia se incrementa; es decir, mencionan que ya no necesitan el permiso de sus padres, probablemente debido a que a mayor nivel de estudio corresponde o una mayor edad de los jóvenes (lo cual condiciona a los padres en su opinión acerca de lo que sus hijos pueden o no pueden hacer), o una mayor confianza, por parte de los padres, en sus acciones.

En lo que concierne al *habitus* de fumar, el 42.9% de los hombres mencionan que deciden por sí mismos acerca del uso del tabaco, a diferencia de las mujeres, quienes solo tienen esta prerrogativa en un 28.6% (véase tabla 77). Es interesante notar que contrastando la prohibición de los padres con relación a tener novio o novia y fumar, aparece una brecha de casi el 35% con respecto a los entrevistados que contestaron positivamente acerca de las prohibiciones mencionadas. De esa manera, en el caso del noviazgo, los padres ejercen una prohibición en el 5.1% de los casos con relación al vicio de fumar, que es del 40.5%, lo cual sugieren que las familias mexicanas se preocupan más por cuidar la salud de sus hijos, que si tienen pareja (con reservas de la protección más alta que hay hacia las hijas). Es decir, aunque

las familias traten de proteger a los hijos de manera tal vez equitativa, las mujeres quedan siempre rezagadas en cuanto a las oportunidades de realizar acciones, como salir con los amigos o amigas.

En este caso las mujeres mencionaron en un 66% que tienen limitaciones por parte de los padres en sus relaciones con su grupo de pares. La tendencia contrasta con los hombres, que en la gran mayoría de los casos no encuentran esas limitaciones, siendo que la mitad de los hijos varones tienen permiso para salir con los amigos. Nuevamente, la edad es otro factor determinante para obtener el permiso de salir, siendo este más requerido conforme los hijos son más jóvenes. Esta tendencia se alinea también en el caso de la escolaridad; aquí, el 66.7% de los jóvenes con una licenciatura completa no necesita pedir permiso a sus padres, probablemente por la correlación positiva entre la edad y los años de escuela (véase tabla 78).

En el caso del consumo de alcohol, los padres muestran una vez más el cuidado a los hijos, al prohibirles de manera frecuente la posibilidad de consumir bebidas alcohólicas. La prohibición en general ha sido mencionada por el 38.6% de los jóvenes, distribuyéndose en un 44% en el caso de las mujeres y un 33% para los hombres. Por su parte, los jóvenes que han alcanzado niveles de estudio superiores confirman solamente en un 26.6% de los casos que la prohibición en la casa de sus padres continúa (véase tabla 79).

La tendencia “discriminadora” hacia las mujeres se mantiene aún en el caso de las decisiones sobre vestir ropa de gusto personal. Aquí los hombres pueden, en casi el 90% de los casos, elegir sus vestimentas; a diferencia de las mujeres, que mencionan que pueden hacerlo solo en un 80% (véase tabla 80). Igualmente, para regresar tarde a casa las hijas pueden decidir la hora solamente en un 17% de los casos, en contraste con el 30.3% de los hombres, que no tienen que pedir permiso (véase tabla 81). Finalmente, en relación con tatuajes y *piercings*, las familias demuestran una vez más que sobreprotegen a sus hijas, prohibiéndoles casi en un 50% de los casos estas prácticas. En concordancia con las preguntas anteriores, los porcentajes varían dependiendo de la escolaridad y de la edad (véase tabla 82).

En resumen, a pesar de que pareciera que los roles de género en las dinámicas familiares han dejado de estar definidos y la brecha que existía en cuanto a esas actividades reducido, existe aún una dinámica intrafamiliar que mantiene patrones tradicionales en cuanto a la forma en que se entablan las relaciones con los hijos; es decir, al momento de decidir acerca de algún tema específico, las hijas sufren mayores limitaciones con respecto a los hijos varones, y con más frecuencia. Esta dinámica sugiere que a pesar del mayor peso que las mamás empiezan a tener en la sociedad mexicana, las familias representan todavía núcleos patriarcales, que tienden a imponer la voluntad de los hombres.

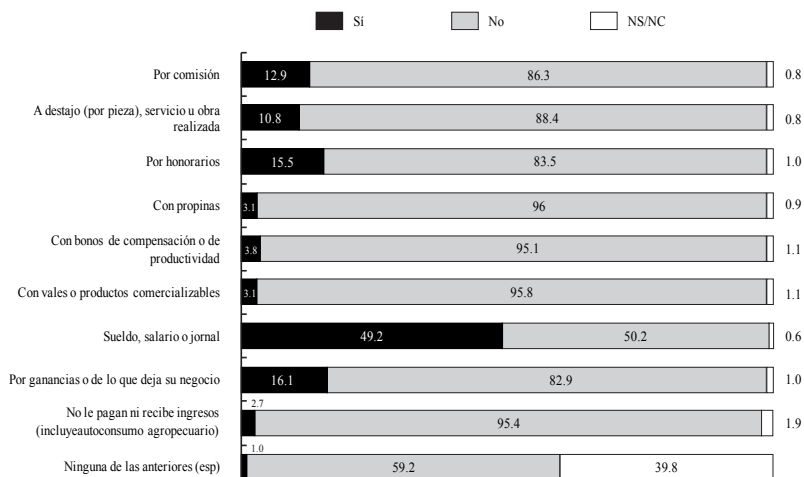
### Permanencia de los valores

La diferencia generacional de pensamientos, actitudes y creencias ha sido, es y será un fenómeno que refleja los cambios sociales y culturales que se dan en una sociedad.

Los jóvenes de la generación de la era de la globalización han crecido en un ambiente muy distinto al de sus padres cuando tuvieron su edad, donde la transmisión de valores y roles de conducta se ve influenciada por los medios de comunicación de la nueva era de la información,<sup>24</sup> en la que la propagación de nuevos temas ha modificado las percepciones de dos generaciones que se encuentran en diferentes etapas evolutivas del ciclo vital.

Sobre esta temática fundamental, que suele ser marcada durante y después de la etapa adolescente, se preguntó: ¿Tus padres y tú piensas (pensaban) de la misma manera sobre los siguientes aspectos? Estos se enlistan a continuación:

Gráfica 11  
¿Tus padres y tú piensas (pensaban) de la misma manera sobre los siguientes aspectos?  
(Porcentajes)



Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 41).

<sup>24</sup> Caracterizado por un tiempo de transformaciones que ocurren en un periodo relativamente corto de tiempo.

Como se puede observar en la gráfica anterior, *la política* (47.6%) y *el sexo* (39.8%) son los aspectos en los que más se difiere respecto a la manera de pensar de los padres. Los tópicos en los que se piensa similar a los progenitores son *la familia* (79.9%), *la religión* (73.1%) y *reglas morales* (71.0%) (véanse tablas 97-107).

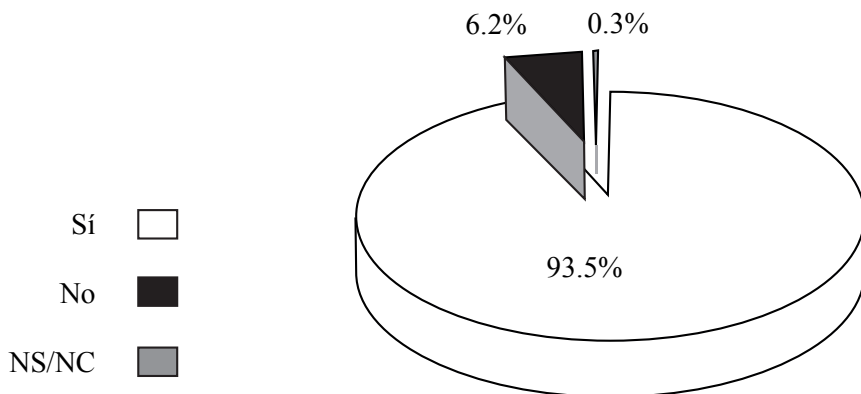
En el caso de *la política*, solamente un 36.4% de los hombres dijo pensar de la misma manera que los padres. Del 47.6%, que indicó hacerlo de forma diferente, es el grupo de edad que abarca de los 12 a los 14 años el que menor diferencia con los padres tiene, pues solo un 32.6% mencionó pensar de manera distinta respecto a la política, en contraste con el resto de los grupos, donde más de la mitad lo hace (véase tabla 100). Respecto al tema de la religión, es en el centro del país, con un 56.7%, en donde los jóvenes piensan de manera más divergente a los padres. Por su parte, la región con un pensamiento más semejante fue el noreste, con un 37%; es decir, casi 20 puntos porcentuales de diferencia respecto al centro (véase tabla 97).

Se lee a través de esta pregunta una juventud que en general piensa de manera similar a sus padres en la mayoría de los aspectos, sobre todo los que tienen que ver con el ámbito familiar, moral y espiritual. Sin embargo, en aquellos que involucran cuestiones relativas al sexo y a la política es donde la divergencia es mayor, lo cual está definido por el contexto social en el que viven actualmente los jóvenes.

## II. RELACIONES PERSONALES: MODELOS DE PAREJA EN LOS JÓVENES

Las relaciones de pareja son un elemento fundamental en la vida de los jóvenes, ya que es en esta etapa de la vida cuando se manifiestan las primeras experiencias de pareja y de noviazgo. Al respecto, se preguntó a los encuestados: ¿Alguna vez has tenido novio(a)? Los resultados arrojan que el 93.5% sí ha tenido novio, un 6.2% no ha tenido y un 0.3% no contestó. El 79.8% del grupo de encuestados entre 12 a 14 años es el que menos ha tenido una experiencia de pareja. Entre hombres y mujeres de todas las edades sobresale que los hombres encuestados dicen haber tenido un pareja en el 94.1% de los casos, y las mujeres, en un 92.9% (véase tabla 108).

Gráfica 12  
¿Alguna vez has tenido novio(a)?  
(Porcentajes)



Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 42).

El inicio de las relaciones de pareja a edad cada vez más temprana se puede explicar con los numerosos estímulos, como la presión social, el cambio de valores éticos y morales de la sociedad, el incremento de contenido sexual en los medios de comunicación, el uso de las nuevas tecnologías, el acceso a más información, hasta la exaltación de modelos de *deber ser* promovidos desde la publicidad, entre muchos otros, que es necesario tenerlos presentes en la lectura de los datos que se dan a continuación sobre los modelos de pareja que se encuentran arraigados en el imaginario de la juventud mexicana. Estos modelos también se nutren del entorno familiar en que los jóvenes se desarrollan.

### 1. Familia y condicionamiento para relacionarse

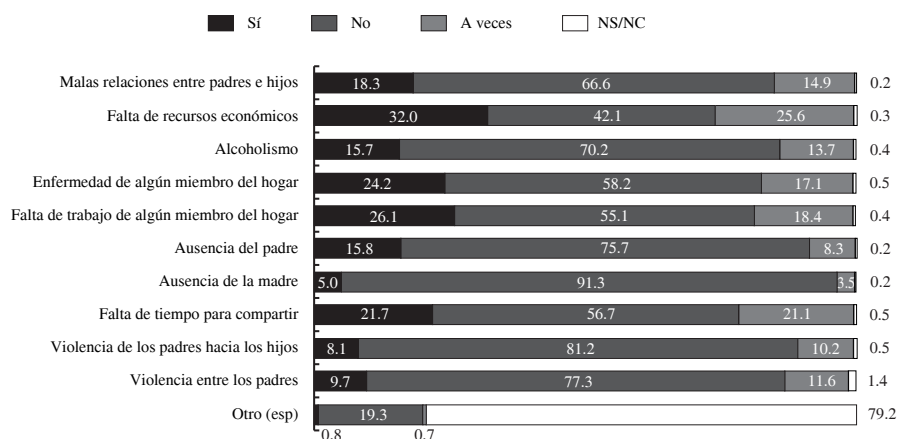
La calidad empática del ambiente familiar es uno de los elementos que facilita o dificulta la continuidad de los valores de los padres y la posibilidad de que los hijos empleen los valores en sus relaciones cotidianas y en sus relaciones de pareja.

En el intento de comprender esa dinámica se ha encuestado a los jóvenes acerca de su relación con los padres, explorando temas como el maltrato, la falta de recursos económicos, el alcoholismo, la enfermedad, la falta

de trabajo, la ausencia del padre o de la madre, la falta de momentos comunes de esparcimiento, y la violencia entre los padres.<sup>25</sup>

La “mala relación entre padres e hijos” no parece representar un problema muy frecuente para las familias mexicanas, siendo que los entrevistados han contestado positivamente a la pregunta solo en un 18.3%, y negando que haya sucedido en un 66.6% de los casos. En todas las categorías sociodemográficas analizadas la tendencia es constante, y no existen datos atípicos acerca del tema (véase tabla 111). En contraste, los porcentajes de respuesta relativos a problemas económicos cambian, ya que en el 32.0% de los casos esta situación ha llegado a afectar en algún momento a la familia del entrevistado. A pesar de ello, en un porcentaje un poco más elevado de los casos la falta de dinero no ha afectado a las familias de la población entrevistada (42.2%) o que las afectó solo ocasionalmente (25.6%), no hay variaciones importantes en ninguna de las categorías específicas estudiadas (véase tabla 112).

Gráfica 13  
Todas las familias tienen problemas, aunque no sean graves.  
En donde vives o vivías con tu padres  
¿hay o hubo alguno de los siguientes problemas?  
(Porcentajes)



Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 45).

<sup>25</sup> Acerca del tema y de la relación entre valores, familia y trabajo véase Pollini, 2006: 65-77.

Igualmente, al preguntar acerca de si han existido problemas de alcoholismo, no es posible ni destacar una presencia importante del problema en las familias de los entrevistados ni alguna tendencia específica, siendo que prácticamente en todas las categorías (edad, género, escolaridad, ubicación geográfica) las percepciones de los jóvenes son concordantes, ubicándose en promedio alrededor del 70.2% de respuestas negativas (véase tabla 113); la tendencia se modifica en cambio al preguntar acerca de problemas de salud de los miembros de la familia. Como es normal, los entrevistados han admitido la presencia de algún tipo de enfermedad que ha afectado o afecta la salud de uno o unos componentes de la familia, siendo un 24.2% de la población encuestada la proporción que admitió su existencia; sin embargo, casi el 60% dijo no haber vivido un problema de ese tipo en su familia (véase tabla 114). Por otra parte, los porcentajes se muestran similares al indagar acerca de la falta de trabajo en los miembros del hogar, siendo la proporción de personas que han contestado negativamente el 55.1%, y no habiendo ninguna otra tendencia específica a destacar (véase tabla 115).

En el caso de la presencia parental en el hogar, la situación es interesante. Acerca del padre existe una percepción en la población de mayor ausencia en comparación con la que se tiene de la figura materna; no obstante, la respuesta de presencia de ambos en el espacio familiar es más elevada (75.7% y 91.3%, respectivamente). Este contexto nos plantea un panorama en el que a pesar de la “igualdad” que se ha ido construyendo en cuanto a las actividades dentro del ámbito familiar, y que redituaria en una distribución equitativa del tiempo en el que el padre y la madre pasan con su familia, los hijos siguen siendo más un producto de la interacción con la figura materna que la paterna (véanse tablas 116 y 117).

En lo que respecta al tiempo compartido entre los integrantes de la familia, el panorama de respuestas se mantiene en la negativa (56.7%) de que el tiempo compartido haya sido alguna vez algún problema, aunque el 21.7% que menciona que sí lo ha sido pudiera ser reflejo de las obligaciones laborales o motivos de otra naturaleza, que no siempre permiten pasar más tiempo en familia. Este porcentaje se incrementa (65.2%) en la categoría de encuestados más jóvenes, probablemente porque las mamás, considerando la edad de los hijos, les dedican más tiempo (véase tabla 118). De la misma manera, esta va disminuyendo conforme se tiene más edad.

Las familias mexicanas parecen, por otra parte, muy respetuosas de sus hijos en cuanto a la reproducción de patrones que eviten roles de violencia intrafamiliar, siendo que el castigo físico parece no existir en los hogares. De hecho, solamente el 18.3% ha afirmado haber sufrido en algún momento un cierto tipo de maltrato (opciones de respuesta “sí” y “a veces”), mientras



que 81.2% de los encuestados lo negó (véase tabla 119). Tampoco la violencia familiar relacionada exclusivamente con los padres hace referencia a porcentajes de respuestas positivas elevados; al contrario, en todas las categorías estudiadas la proporción de encuestados que ha negado ese comportamiento resulta ser cercano al 80% (véase tabla 120).

Ahora bien, si los jóvenes encuestados son quienes nos pueden ofrecer una imagen de la dinámica familiar mexicana actual, por otra parte, estos encarnan las generaciones que en el futuro contribuirán a construir nuevas relaciones de pareja, nuevos hogares y nuevos actores sociales. Debido a lo anterior, es determinante entender cómo los valores que los jóvenes emplean en sus vidas cotidianamente pueden llegar a caracterizar ciertos tipos de familias y de qué manera estas encajan en la sociedad mexicana.

Para el análisis de esos comportamientos y valores elegimos adoptar la categorización que Pollini hace explícita al estudiar los valores de los europeos y la estructura relacional que subyace a las dinámicas interpersonales familiares o las que son potencialmente tales.

El modelo se construye sobre cuatro categorías, cada una de las cuales se basa sobre la presencia-ausencia de elementos relacionales o consensuales dentro de la pareja. Estos son: elementos relacionales adquiridos en la pareja, elementos consensuales adscritos a la pareja, relacionales familiares y de parentesco, condicionales-materiales.

En el primer grupo están incluidos la fidelidad, la estima, el respeto recíproco, la comprensión y la tolerancia, la relación sexual, el compartir las tareas del hogar. En el segundo, individualizamos la comunión de las ideas religiosas, el origen social, racial o nacional, las ideas políticas, los gustos y los intereses comunes. En el tercero predominan la no cohabitación con los suegros y los hijos, y finalmente, en el cuarto grupo destacan una vivienda confortable y un ingreso adecuado.

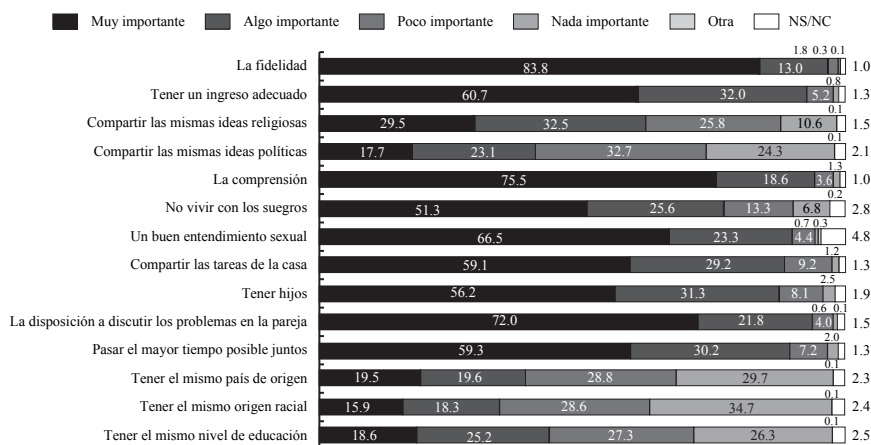
## 2. *Valores relacionados con la pareja y con la vida en general*

Para la aplicabilidad del modelo al caso mexicano se han empleado algunas preguntas específicas acerca de los valores de pareja, tratando así de dibujar una imagen lo más verosímil posible a una proyección actual, pero también futura de las familias.

Al preguntar *¿...qué tan importantes son para ti en el éxito de una pareja...?*, los datos nos sugieren que los jóvenes consideran que los valores como la fidelidad, la comprensión y la disponibilidad a resolver los problemas de pareja de manera conjunta son determinantes. La fidelidad parece ser el elemento

imprescindible para los jóvenes en cuanto a la salud de la relación de pareja se refiere (83.8%). En el caso de las mujeres, parece que la fidelidad es todavía más relevante, siendo el porcentaje de respuesta de ellas acerca de su importancia (“muy importante”) superior en 6 puntos porcentuales al de los hombres (86.8% en contra del 80.8%). En todos los demás casos no hay diferencia alguna (véase tabla 122).

Gráfica 14  
De la siguiente lista, ¿podrías decirme qué tan importantes son para ti en el éxito de una pareja...?  
(Porcentajes)



Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 46).

En referencia a la comprensión mutua, las respuestas que refieren a su importancia para el éxito de la pareja siguen obteniendo porcentajes elevados, destacando nuevamente la opinión de las mujeres sobre las de los varones. En el primer caso, al preguntar qué tan importante es la comprensión mutua para la relación de pareja, las mujeres dijeron en un 78.0% que este era un elemento determinante. En el segundo, a pesar de que también los hombres consideren importante ese valor, la proporción de respuesta es de 6 puntos porcentuales menos (72.7%) (véase tabla 126).

Por otro lado, las mujeres parecen tener una posición tendiente a conciliar los problemas a través de la discusión de los problemas de pareja, sobre los hombres. Al preguntar acerca de la importancia de la disposición a discutir los problemas, las primeras afirmaron en 74.2% que esto era “muy im-

portante”; en el segundo caso, ellos consideraron su relevancia en el 69.5% de los casos. La tendencia se incrementa al aumentar la edad de los entrevistados, probablemente debido al hecho de que, al crecer, las personas adquieren mayor madurez y responsabilidad acerca de las problemáticas que pueden surgir a lo largo de la relación. En este caso la proporción de entrevistados que confirmó la importancia de la discusión de los problemas dentro de la pareja es del 76.3% para la cohorte de 25-29 años, contrastando con el 65.5% de los jóvenes del primer rango (12-14). También, en el caso de la escolaridad, la disposición al hablar sobre los problemas, parece incrementar en la medida en que los entrevistados tienen un mayor nivel educativo. Es posible decir, entonces, que a mayor educación, la disposición a resolver por medio del diálogo los problemas de pareja es más alta. Finalmente, geográficamente hablando, los entrevistados del centro del país parecen caracterizarse por una mayor valoración de la dinámica mencionada con relación a la otras zonas del país, respondiendo en un 78.4% que es “muy importante” (véase tabla 131).

En lo que concierne, en cambio, a las relaciones sexuales, los jóvenes fueron encuestados acerca de la relevancia que tiene un buen entendimiento al momento de tener relaciones. Las respuestas de los encuestados establecieron que sí es determinante un entendimiento a la hora de tener relaciones sexuales (66.6%). En lo que respecta a la edad, los porcentajes de respuesta conforme las cohortes se acercan a los 30 años de edad, lo cual obedece al ciclo de vida, en el que varios elementos son factor para la estabilidad de la pareja, que adquiere mayor peso conforme se va acercando el individuo a la etapa adulta, donde ya se tienen perspectivas de iniciar una familia; esta situación se alinea con la escolaridad, la que también conforme aumenta el nivel educativa, mayor importancia le dan a un entendimiento al momento de tener relaciones sexuales (véase tabla 128).

En lo que refiere a las tareas del hogar, actividad que tradicionalmente ha sido indentificada con las mujeres, se puede observar un claro cambio en las percepciones de las nuevas generaciones acerca de este aspecto. Seis de cada diez de los entrevistados contestaron que es muy importante que las actividades sean compartidas. En el caso de hombres y mujeres, son las segundas quienes mayor mención hacen de que la tareas en el hogar se deben compartir (63.4%); en cuanto a la edad, a menor edad, menos importante se les hace que se deban compartir las actividades del hogar, panorama que se obvia por el ciclo de vida en el que se encuentra esta población, la cual generalmente circunscribe las actividades con su pareja a otro tipo de actividades (pasear, ir al cine, etcétera). La escolaridad no difiere de la tendencia

anterior, y esto es debido a que a mayor nivel educativo, mayor suele ser la edad de los jóvenes entrevistados (véase tabla 129).

Otro de los factores que se ha señalado que influye en el éxito de la pareja son las características personales de los integrantes, sean estas ideológicas o de origen.

En lo que refiere a las características ideológicas, que en este caso fueron las ideas religiosas y políticas, los jóvenes no responden de manera tajante, sino que se mantienen en respuestas que denotan el no estar del todo seguros de su importancia. En cuanto a la religión, los entrevistados han considerado el aspecto religioso “algo importante” (32.4%), y después “muy importante” (29.4%). En el segundo, poco más de la mitad de los encuestados reparte su opinión entre una importancia escasa (32.7%) y la falta total de ella (24.3%). En cuanto al género, las mujeres parecen estar levemente más interesadas en las ideas religiosas, siendo su porcentaje de respuesta del 31.8% en el caso de la opción “muy importante”, y del 32.1% “algo importante”, lo cual significa que para ellas la religión puede llegar a ser una variable determinante para el éxito de la relación. Por lo que atañe a la ideología política, los hombres y las mujeres no se caracterizan por ninguna diferencia importante en cuanto a los porcentajes de respuesta, siendo estos el 16.9% en el primer caso con relación a la opción “muy importante”, y el 18.5% en el segundo (véanse tablas 124 y 125).

Las características de origen, en el caso de las parejas que no tienen los mismos orígenes nacionales y raciales, los porcentajes de respuestas a favor de su importancia en cuanto elemento relevante para mantener la pareja unida son escasos. En el primer caso, 58.5% de los entrevistados mencionan que el origen nacional es un factor “poco” o “nada” determinante en el éxito de la pareja. En el caso de los géneros, ambos coinciden en que es “poco” y “nada” importante; sin embargo, son los hombres quienes ligeramente mencionan más la poca o nula importancia de este aspecto para una pareja. La distribución por edad muestra que a mayor edad, menor importancia se le da a este aspecto dentro de una relación de pareja. Un dato importante es que en lo que refiere a la escolaridad, a menor escolaridad hay más mención de que sí es importante el origen nacional para el éxito de una pareja. El contexto interesante lo muestran las regiones, donde nos encontramos que son aquellas regiones que hacen frontera (noroeste- 31.1%, noreste- 27.2% y sur-sureste- 20.1%) las que más hicieron mención de la importancia (“muy importante”) que tiene la nacionalidad de la pareja. En cambio, en las regiones donde es la región centro la que más señaló que no considera que sea un factor importante (38.2% “nada”) (véase tabla 133).

El segundo caso que considera la diferencia racial, el panorama se observa similar al origen nacional; no obstante, aquí se encuentra una mayor concentración de la respuesta “nada” en los entrevistados (34.7%); esto denota que dentro de la sociedad mexicana existen ciertos niveles de tolerancia y de respeto activo. Al respecto, los hombres y las mujeres coinciden en que la raza no tiene ninguna importancia para el éxito de la pareja. En este caso no se destaca una diferencia en la edad, donde los entrevistados coinciden en que la raza no tiene importancia. En el nivel de escolaridad, nos encontramos que, al igual que los otros, la mayoría señala que no tiene importancia la raza; no obstante, es importante destacar que a menor escolaridad, mayor es la mención de que sí es importante. La ubicación geográfica en estos dos últimos aspectos parece que toma importancia por el contexto de frontera; una vez más, al igual que en el caso de la nacionalidad, el noroeste (28.1%) y el sur-sureste (23.5%) son los que presentan mayores porcentajes de que es muy importante la raza para el éxito de una pareja; y en este caso nuevamente es la región centro la que obtuvo mayor mención de que no es importante con respecto al resto de las regiones (43.5%) (véase tabla 134).

El éxito de la pareja también depende del tiempo que se invierte en compartir espacios juntos. Para los jóvenes encuestados, el tiempo que pasan juntos es muy importante (59.3%). La valoración del tiempo que se pasa con la pareja adquiere una mayor importancia en la cohorte que abarca de los 25 a los 29 años (61.1%), probablemente como resultado del incremento de las responsabilidades (como el trabajo, o actividades con los hijos, etcétera) que cooptan la cantidad de tiempo libre con el que cuentan los individuos conforme se acercan a la edad adulta. En cuanto al resto de las características sociodemográficas, los jóvenes en general mantuvieron que es muy importante el tiempo que se comparte para el éxito de la pareja (véase tabla 132).

En lo que concierne a los hijos, en general, para más de la mitad de los entrevistados parece muy importante tenerlos (56.1%). La idea de la existencia de los hijos como parte fundamental en una pareja sigue teniendo vigencia en la idiosincrasia de los jóvenes mexicanos, en cuanto a lo que opinan los hombres y las mujeres al respecto, ambos coinciden con una diferencia de 6 puntos porcentuales, siendo la proporción de las primeras representada por un 59%, y de los segundos el 53.2%. En cuanto a la edad, las menciones muestran que entre más edad tienen los jóvenes mexicanos, más consideran que tener hijos es parte de una buena relación de pareja, lo que hace suponer que son las generaciones más jóvenes (véase tabla 130).

El espacio privado en el que habita una pareja es un factor importante en su éxito como tal, y la población entrevistada está de acuerdo con esta idea. Al indagar sobre si se debería compartir el hogar con los suegros, las

respuestas arrojaron que los jóvenes no están de acuerdo con ello (mencionaron en un 51.3% que el éxito en una pareja depende de no vivir con los suegros). Una de las razones podría ser que al compartir espacios con personas ajenas a la dinámica de pareja se impone un grado de limitación importante, en cuanto libertad e intimidad. Se crean vínculos poco constructivos a falta de espacios para actuar con total independencia y el inadecuado manejo de las relaciones de poder dentro de un hogar ya con reglas establecidas. Esta situación reditúa en dinámicas que impiden la consolidación y la estabilidad de la pareja como unidad autónoma, con capacidad de decisión en las actividades cotidianas. En el caso de las mujeres y los hombres, son las primeras quienes con mayor frecuencia dijeron que no vivir con los suegros era muy importante (53.6%). La percepción de que esta situación no es beneficiosa para el éxito de una pareja es directamente proporcional al incremento de la edad, donde a mayor edad, más se ha hecho mención de que no se debe vivir con los suegros. Este panorama se repite para el caso de la educación; a mayor nivel educativo, más acuerdo en que no se debe vivir con los suegros. Regionalmente, fue el noroeste el que arrojó un mayor porcentaje en cuanto a que no se debe vivir con los suegros (60.6%) (véase tabla 127).

Por otro lado, desde el punto de vista socioeconómico, las personas consideran en un 60.7% que tener un ingreso adecuado es “muy importante”, o por lo menos “algo importante” (32.0%). En el resto de las características sociodemográficas los jóvenes coinciden en que el ingreso favorece el éxito de la pareja. Regionalmente, las zonas del centro y del noroeste mexicanos son las que otorgan mayor importancia al ingreso (65.5% y 67.5, respectivamente) (véase tabla 123).

Finalmente, compartir el nivel educativo es muy importante para 18.6% de los entrevistados; sin embargo, cabe notar que es mayor la población que contestó que la educación no es un factor decisivo para el éxito de una pareja (26.3%). Los hombres y las mujeres coinciden con esta postura, pero al sondear por distribución de edad vemos que las diferentes generaciones no coinciden en ello. Respecto a si el nivel educativo es un factor que favorece el éxito de una pareja, son los más jóvenes (12 a 14 años) los que responden en un 22.4% que sí es “muy importante”, y conforme se tiene más edad, la percepción de que las relaciones de pareja no se ven afectadas por las diferencias del nivel educativo de sus integrantes van disminuyendo. En el caso de la distribución por escolaridad, parece que esta situación sí es determinante para la población que se ubica a los extremos; es decir, los jóvenes que consideran que es muy importante que los integrantes de una pareja compartan el mismo nivel educativo son los que se ubican, por un lado, en

los niveles de educación básica o que no cuentan con ninguna instrucción y, por otro, aquellos que se ubicaron en niveles de educación superior (véase tabla 135).

En cuanto a las regiones, son los jóvenes de los estados que se ubican en las fronteras de nuestro país los que más mencionaron que sí era muy importante para el éxito de una pareja compartir el nivel educativo, sobre todo en el noroeste del país (29.3%), a diferencia de los estados del centro y del centro occidente, que en menor medida le dieron importancia a la educación como factor determinante (véase tabla 135).

Como se ha visto a lo largo de las respuestas anteriores, buscar alguien con quien se compartan afinidades es una de las características de los seres humanos, que aún prevalece al momento de buscar pareja. El tener contextos similares permitirá que la pareja encuentre mayores herramientas para construir una relación estable y duradera.